

Título: UN CULPABLE FRENTE AL ESPEJO

Seudónimo: POPSCU

“Si me hubiera hecho caso...” “¿Cómo paso?” “¿Qué habrá pasado?” “Es que la idiotez era su virtud” “¿Cómo se le puede pasar a alguien por la cabeza?”. Frases como esa escuchaba a mi alrededor, y sabía perfectamente que estaban dirigidas a mí.

- ¡Callaos! - dije fuertemente. No me escucharon gritar.

Ya no recordaba nada, solo veía negro en el futuro y en los recuerdos que se hallaban en mi memoria. Todo desapareció en el instante en que mi mundo se rompió en pedazos.

Mucha gente estaba a mi alrededor, observándome con detalle.

-Hola, buenas tardes. Policía Nacional. Venimos a por unas personas para testificar sobre lo ocurrido. ¿Alguien estaba presente?

Iban vestidos de uniforme y parecían muy enfados por la mirada con la que entraron a esa habitación fría, blanca y llena de gente.

A lo lejos, unos periodistas con cámaras corrían apresurados y dispuestos a entablar una simple conversación de lo ocurrido. Cuando todos ellos entraron, solo me limité a salir por la puerta. No quería hablar y menos con alguien que me haría recordar que mi futuro, el de mi familia estaban destrozados.

Daba vueltas por el edificio sin mucho éxito, todavía sin saber qué hacía ahí, hasta que la vi.

En un banco, apartada, estaba mamá. La vi sollozar sin causar mucho ruido para que no la escuchasen. Se notaba que estaba sufriendo, pero ¿por qué? ¿por quién?

- ¿Qué te pasa mamá? - pregunté mientras me sentaba junto a ella.

Tampoco contestaba. Ahí es cuando me fije en su mano, estaba marcando un número desconocido. Parecía no haber llamado nunca porque no lo tenía registrado en el teléfono.

- ¿H-hola? - dijo muy cortante, todavía con lágrimas en los ojos.

-Si, dígame- contestaron. Por esa respuesta tenía que ser una tienda.

-Ha fallecido- dijo echándose a llorar.

-Lo siento, señora- contestó el dependiente.

- ¿Cómo hago para lo del funeral? - dijo. En ese momento dejé de escuchar.

He muerto. Ahora toda cuadra. Por eso nadie me escuchaba.

Por eso solo recordaba el accidente y, ahora que lo pienso, la idiotez sí es mi mayor virtud.

¿Cómo se me ocurre conducir después de haber bebido? Lo bueno es que ahora nadie me escuchará sufrir y nadie oirá mis gritos de dolor en esas noches solitarias en las que lo único que hago es lamentar no ser como la gente desea y como la gente espera que sea.

En una de esas noches pasó todo. En una de esas noches dejé todo atrás.

Ayer mismo era una de esas imposibles de soportar, de esas llenas de sufrimiento y discusiones a cada palabra que se mencionaba en la conversación.

Mamá llamaba por todo y los pensamientos que atacaban sin piedad se apoderaban de mi mente. Por desgracia, no controlaba las palabras que mi pecho expulsaba por mi boca, y así acabé. Ella estaba estresada, mi curso se estaba yendo a la mierda porque decía que apenas me esforzaba, pero mamá tenía que entender que todo tiene un límite y que no siempre puedo con todo.

Sin ganas de nada, cogí el coche, me fui al primer bar que encontrase y, obviamente, me emborraché y decidí dar vueltas por la carretera hasta que la gasolina se acabase y me dejara en medio de la nada.

Estaba conduciendo, con la música a todo volumen. Ya no sentía nada en ese momento.

De repente vi luces y oí pitidos a mi alrededor. Estaba yendo en sentido contrario por la autovía. La mejor opción hubiese sido pararme en un lado, pero el tiempo corría más rápido que yo.

Acabé estrellándome con la valla y cayendo por un precipicio. Es lo único que recuerdo.

Había muerto.

Ahora ya puedo decir, aunque no me escuchen, que soy una de esas personas que mueren por tonterías.

Divagué por el hospital hasta que encontré la habitación, entré y vi mi cuerpo, tendido y lleno de sangre seca, a la gente que me observaba con lágrimas en los ojos y a la policía mirando mi cuerpo.

-Qué desastre- aclaró un policía.